

Baladas de los Mares del Norte (selección)

Mariano Rolando Andrade

Argentina

JANIS

Yo conocí a Janis, sí.
Fue en Nueva York, o antes, bastante antes, en París quizás.
No lo sé con certeza; hay cosas que uno no quiere recordar.
Y además, las ciudades se parecen tanto.

Sí estoy seguro de dos cosas: no fue en el Chelsea y no se llamaba Janis.
Estaba sentada en la barra de un bar del Village,
sola de madrugada pidiendo jacks con coca.
Afuera, por la Sexta Avenida,
desfilaban jaurías de taxis vacíos.

No hablaba mucho, Janis.
No le hacía falta.
Tenía penas oscuras que no eran negras
pero brillaban como si lo fuesen.
Eso
y una inquietante sonrisa de media luna.

Yo conocí a Janis, sí.
Fue en Nueva York, o después, un poco después, en Buenos Aires.
Quién sabe; hay cosas que uno no quiere recordar.
Y además, qué importan los lugares.

Caminaba de madrugada por el empedrado de San Telmo
Y de repente se detuvo en una esquina y se quedó ahí.
Buscaba o esperaba algo, vaya uno a saber qué.

Tan intensa y quieta que daba pavor.
Ella, que en un segundo estallaba como una supernova.

No hablaba mucho, Janis.
O hablaba en una lengua indescifrable.
Un idioma de uñas pintadas de negro recorriendo el vidrio.
Una lengua de pies jugando con las patas de la banqueta.
Nunca sabías qué estaba pensando.
“Cosas mías”, decía, y callaba.

Yo conocí a Janis, sí.
Fue en Nueva York, o en París, o en Buenos Aires.
Pudo haber sido en otra ciudad; hay cosas que uno no quiere recordar.
Además, los lugares se confunden en la memoria.

Manejaba como una condenada por una avenida
que se metía sin esperanza en el sur de una ciudad.
Ahí donde la civilización cede al arrabal y se gesta el suburbio.
Parecía una rockstar cansada de ser leyenda, Janis.
La sonrisa de media luna, las uñas negras firmes en el volante.

Había tomado cinco, seis, siete jacks con coca.
No sé cómo hacía, tan menuda y tan exquisita.
Escuchaba música y miraba de reojo el sol
asomando entre los escombros y los edificios desaparejos.
El pelo se le acomodaba sin artificios sobre los hombros.
Los músculos se contraían en las piernas desnudas.

El sur no tiene límites; me hubiese ido lejos con Janis.
Pasamos estaciones de tren vacías y fábricas cerradas,
puentes mutilados, largos paredones con grafitis.
Recorrimos kilómetros ficticios planeando huidas.

El viento de la mañana nos resbalaba por la frente.
Y en un semáforo en rojo, después de mirarme y cerrar los ojos,
ella, la que nunca hablaba o hablaba en otros idiomas,
se puso a recordar en el alba inmaculada del suburbio.

Habló de su primer trabajo, atendiendo en un locutorio de Constitución.
Tenía 19 años, dijo, y acababa de terminar la secundaria.
El negocio era del padre de una amiga, el barrio era filoso
y ella una chica bien de Adrogué, una chica rebelde de Adrogué.

Los chicos nos querían, comentó, y pisó el acelerador.
Al final de cada día, un rato antes de irnos,
poníamos la música alta mientras limpiábamos el lugar.
Los Stones, Janis, los Doors... Otras cosas también.

Mientras la escuchaba, traté de imaginarla a esa edad,
metida en un caos de cumbia y vendedores ambulantes,
putas, vagabundos, laburantes, travestis,
dealers, policías, colectiveros, pibitos solos.

No sin cierta vanidad —porque ella también era vanidosa—,
recordó entonces a un chico en particular,
un chico que se cruzó una vez en el tren a Glew.
“Vos sos Janis, la del locutorio”, le dijo él, y se le declaró.

Yo conocí a Janis, sí.
No importa demasiado en qué ciudad ni en qué circunstancias.
Sí estoy seguro de dos cosas: no fue en el Chelsea y no se llamaba Janis.
Pero lo entendí al chico aquel.
Lo entendí perfectamente y lo envidié.

HOMBRE EN LA VENTANA

Un día, dentro de muchos años,
vendrás y te pararás en la librería
con rejas verdes de la rue Gay Lussac
y mirarás enfrente,
a las ventanas del tercer piso del 49
y le contarás a alguien,
o te contarás a vos misma
que ahí viviste llegada de Argentina y recién nacida.
“Era un dos ambientes chico, mi cuna estaba
entre la ventana y la cómoda del cuarto de mis padres”.
Con tu índice señalarás las ventanas,
y alguien te preguntará,
o vos misma lo harás,
cómo fue que te trajeron hasta acá
si apenas dos meses antes salías
de un hospital en Buenos Aires
una mañana de sol de marzo apenas fresca
para entrar en un dos ambientes también,
allá donde se rozan Palermo y Almagro.

No lo vas a ver,
no tendrías por qué hacerlo,
pero desde hace años
—desde hace todos estos años—
el hombre que fue tu padre está con un bebé en brazos
de pie detrás de la ventana del pequeño salón
y los dos miran hacia la librería abajo,
a la chica de pie en la puerta.
Son muchas las horas que te han mirado
mañanas enteras de verano,
y también cuando llegó
la brisa fresca que anuncia el otoño boreal.
Con las cortinas blancas plegadas
los dos en silencio, el hombre de pie,
hasta hacerte dormir lentamente
con los ojos rojos aún de ese llanto tuyo.
No lo ves, pero una vez que te dejes ir
y descanses libre de pena en la habitación,
volverá a la ventana.
Volverá a mirar la librería y a esperarte,
a esperar el futuro.

LA CAÍDA DE KABUL

Al Gordo

Jugaron a ser Burton, Connolly y tantos otros enterrados detrás de esa pared color tierra y las puertas de madera del cementerio británico que cuidaba Rahimullah, el viejo que venció a los talibanes recostado en una lápida.

Travestidos, con barba y un trabajado andar cansino vagaban por el bazar enclavado en edificios en ruinas mordiendo la kufiya para que no los ahogase el polvo de las carretillas, los mutilados, las cabezas de corderos.

En cada esquina casi cruzaban soldados sin ánimo sentados horas en una silla de plástico con la Kalashnikov, o impotentes en los blindados, mientras en las mezquitas la gente votaba y dejaba su indefenso dedo lleno de tinta.

Terminaban el día en L'Atmosphère o uno de esos lugares que los afganos desconocían y donde los extranjeros volvían a sus vicios, las armas bajo llave en la entrada, como si Kabul tuviese algún resplandor de Texas.

Al despertar, nuevamente sastres, tintoreros y carniceros en sus artes al aire libre; las mujeres celestes o invisibles. Y el cielo azul que se podía tocar, como los mañanas en los jardines de otoño tardíamente florecidos.

Así había sido, contaban bebiendo sus vinos infames. Así. Pero ahora la gente corría desesperada hacia el aeropuerto y ellos miraban la televisión, traidores quizás, quizás hombres que tuvieron una juventud épica... traidores, sí.

Ahora, en la noche desfasada de París y Buenos Aires recordaban a tipos como Mustafá, Khalil y Rabani, porque era posible verlos en la pista desquiciada o encerrados en sus casa sin mañana a la vista.

Sobre todo a Haziz, el actor barrido por la guerra, soldado en Kandahar, prófugo, exiliado en Peshawar, que volvió a Kabul cuando cayeron los talibanes y montó un teatro itinerante para hablar de democracia.

A Fuyadin, que los llevó una tarde justo antes de ramadán a la mansión de su primo el comandante de Shakardara en la ruta a Mazar, y los muyahidines armados fumaban en la llanura sembrada de carcasas de tanques soviéticos.

Kassem y otros habían salvado los archivos de Afghan Films quemando bobinas y cintas sin valor en un pastizal ante la mirada aprobatoria de talibanes que ignoraban el muro falso donde escondían los tesoros del cine afgano.

Pero eso fue antes. Ahora la gente luchaba para treparse a un ala, una rueda, zambullirse en la bodega de un avión. Kabul había caído sin balas y aquellos mismos hombres de fajina y chancletas volvían a ser los señores del lugar.

La gente corría. Gente tal vez de los caseríos paupérrimos que colgaban en las colinas en los suburbios y que vieron un día de sol en camino al impenetrable valle de Panshir, cuando conocieron el mausoleo del comandante Masud.

Gente tal vez de los barrios pudientes de Qalla-e-Fatullah que había trabajado con ellos y creído que el pasado no podía repetirse y esas tierras olvidadas y deseadas tenían derecho al ímpetu civilizador de los invasores.

Gente como Estefan, el periodista que los cuidó en la Herat de las mil tumbas de santos, profetas y poetas. Como Abdulá, el hazara que los llevó a la ciudad roja en lo alto de la ruta prohibida que conduce a Bamiyán.

Porque jugaron a ser Burton, Connolly y tantos otros por los lagos vírgenes de la remota Band-e-Amir. En noches en puestos de comida en la ruta a Bagram. En Ka Taroshi, la calle más vieja y esquiva del bazar.

Jugaron, o quizás no tanto. Tal vez en verdad creyeron, y ahora en la noche desfasada de París y Buenos Aires la caída de Kabul, esperada e inevitable, los obligó a callar para drenar la confusa tristeza del traidor.

Porque no eran afganos y estaban a salvo lejos. Porque esos rostros eran los mismos que sin pedir nada los habían arrancado alguna vez de la suerte de cavar su tumba ante una multitud en un país extraño.

FAIRBANKS

Comenzaste a decir adiós
detrás del estoico sol de Fairbanks
que nunca acababa de morir,
los dos insomnes
en el esquelético corazón
de una ciudad sin memoria,
irremediablemente despierta,
como sus nativos ebrios
y errantes a la vera del Chena.

Ya no te brillaban los ojos
y sonreías como podías,
escapando al mal presagio
de unos versos
que no habían sido escritos,
un silencio que atormentaba
a los puentes inhóspitos
y los monumentos soviéticos
que disfrazaban el despojo.

Dormimos, despertamos
y el sol permanecía ahí,
espionando desde la ventana
de nuestro último motel,
ese ocaso sembrado de besos
y pequeños roces conyugales.
En tu piel se acumulaban
los kilómetros de extrañeza
que emanaba mi cuerpo.

Al final alguien decidió partir
por una carretera construida
para borrar desdichas
o abrir paso
a improbables resurrecciones.
A lo lejos, distraído,
el indiscreto sol de Fairbanks
derramaba su luz para hurgar
el destino de los prófugos.

LAUTRÉAMONT VUELVE

Habla sentado a la mesa de cara
a la cuesta de Villiers de L'Isle-Adam.
Lo había encontrado en una esquina lejana,
Corrientes y Rodríguez Peña,
una noche después del Círculo.
Tenía 19, 20 años.
La tapa roja de Pellegrini,
la primera lectura en el 12 hasta Constitución,
y después en el Roca hasta Temperley.
Las noches en la pieza.
La novelita.

Ducasse, el endemoniado.
Al poco tiempo lo fue a buscar a París
al Faubourg Montmartre.
Todavía estaba la placa en la cour:
“¿Quién abre la puerta de mi cámara funeraria?
Había dicho que nadie entrase.
Sea quien sea, aléjese”.
Letras doradas gastadas con fondo negro.
Después siguió camino a Charleville.
Se creía rimbaldiano.

Pasaron unos años y volvió a estar
meses y meses enfrente de ese número 7.
Tendría que haber reconocido la voz.
Pero se habían perdido de vista.
O él se había perdido. Como su fe.
Tanto tiempo en los caminos polvorientos
del desencanto y el abandono.
Llegó a pensar que Maeterlinck tenía razón
y la belleza indecible de fulgores cegadores
eran ahora ilegible demencia voluntaria.

Se fue de París y regresó. Dos veces.
No sintió ninguna mano en el hombro.
Había vuelto del destierro del polvo, sí,
pero difícilmente diría que había vuelto a creer.
Alguien le entregó un libro de tapas verdes,
la primera Pléiade para un tipo de cincuenta.

Pensó en Maeterlinck; abrió la cámara.
Entonces, ahí, en la cuesta de Villiers,
estaba de pie el endemoniado
esperando bajo los focos pálidos de otro siglo.

LAS CENIZAS DE PASHUPATINAH

Comienza la larga noche
en la que voy a hablarte
de las cenizas de Pashupatinah
y sus hombres en llamas,
y las cenizas de San Vicente
bajo los frondosos alcanforeros
un mediodía nublado de noviembre,
y las cenizas de San Clemente
junto al muelle que barre el Atlántico
un sábado de hartos sol y viento.

¿Estás preparado para la vigilia?
¿Estás dispuesto a sentarte
en las gastadas escalinatas
junto al río Bagmati
para observar el espectáculo?
Habrá que esperar el alba.
Luego habrá que viajar.
La noche es larga y no hay prisa.
Somos nosotros dos
y todas estas cenizas.

Fijemos primero la vista
del otro lado del puente,
entre la alta pagoda dorada
y el templo de ladrillo rojo.
Ahí donde se detiene la ambulancia,
las puertas se abren
y los hombres retiran la camilla
con el cuerpo envuelto
en túnicas naranjas
y avanzan a la explanada en el río.

Miralos lavar la cara
y los pies del muerto
en las aguas sagradas del Bagmati.
Miremos al funebrero erigiendo
la pira de oscura madera,
desplegando guirnaldas
de flores amarillas y rojas.
El río baja del bosque en paz

y nos separa de ellos en el limbo
de las gastadas escalinatas.

Empieza la noche de Pashupatinah
y no sabemos el nombre del muerto.
Otras piras arden
a lo largo del Bagmati,
más allá del puente de piedra,
allá, donde los pobres.
Los tibios sadhus nos rodean.
Ocultos en los santuarios
a nuestras espaldas,
los aghori esperan sus alimentos.

Por la tarde pensaste en irte,
pero acá estás, ocurre con todos.
Obnubilados por las llamas.
Todos camino a ser cenizas.
Y entre nosotros campanas,
danza y los pequeños fuegos
de la fiesta que los deudos
celebran en las terrazas
alto junto al agua oscura
de aquello que llaman alma.

Arde la pira, arde.
Y con las llamas
tus manos se hunden
en el polvo gris de tu padre
y se abren en la tierra húmeda
bajo los alcanforeros
de la quinta de San Vicente.
La brisa y la luz
se filtran en el mediodía
y conmueven la hojarasca.

Arde la pira, arde.
Como ardieron los libros
cuando leer era un crimen
en tus tierras de bendición.
Y el polvo gris de tu padre,
el de los supremos errores,
se esparce discreto al pie
de estos viejos árboles

en los que nacieron
sus principios y sus sueños.

Sí, arde la pira, arde.
Y con las llamas
tus manos se hunden
en el polvo gris de tu madre
y se abren en las aguas
donde río y mar son uno,
donde alguien más
calla y también
hunde sus manos
en el pasado y las entrañas.

Sí. Arde la pira, arde.
Arde en Pashupatinah.
Arde a orillas del Bagmati.
Como ardió antes en tu tierra,
en todas partes
a toda hora del día.
Todos camino a ser cenizas,
mientras sigue la fiesta
y los deudos bailan en la terraza
alta frente a las oscuras aguas.